

Mario Bellatin

SALÓN DE BELLEZA



Una peste extraña fulmina paulatinamente a los habitantes de una gran ciudad. Rechazados por sus semejantes, algunos enfermos no tienen siquiera un lugar donde terminar sus días. Un peluquero, que hasta entonces ha regentado con grandes esfuerzos un célebre salón de belleza, decide dar refugio a los moribundos. Aficionado a los peces exóticos que en sus acuarios decoran el salón, el peluquero acaba convirtiendo su salón en un moridero medieval. ¿Qué mal diezma a los huéspedes del improvisado enfermero, carente al parecer de motivos filantrópicos? Con el tiempo ya sólo los peces multicolores serán testigos indiferentes de su dedicación, cercana a la santidad verdadera, sin paliativos naturales ni consuelos piadosos. Mientras le acecha la soledad, el protagonista ofrece un definitivo canto a la vida. Sin conmisericordia, sin moraleja.

1

Hace algunos años, mi interés por los acuarios me llevó a decorar mi salón de belleza con peces de distintos colores. Ahora que el salón se ha transformado en un Moridero, en el que van a terminar sus días quienes no tienen dónde hacerlo, me cuesta mucho trabajo ver cómo poco a poco los peces han ido desapareciendo. Tal vez sea que el agua corriente está llegando demasiado cargada de cloro o quizá que no tengo el tiempo suficiente para darles los cuidados que se merecen. Comencé criando Guppys Reales. Los de la tienda me aseguraron que se trataba de los peces más resistentes y por eso mismo los de más fácil crianza. En otras palabras eran los peces ideales para un principiante. Además, tenían la particularidad de reproducirse rápidamente. Se trata de peces vivíparos, que no necesitan tener un motor de oxígeno para que los huevos se mantengan sin que el agua tenga que cambiarse. La primera vez que puse en práctica mi afición no tuve demasiada suerte. Compré un acuario de medianas proporciones y metí dentro una hembra preñada, otra todavía virgen y un macho con una larga cola de colores. Al día siguiente el macho amaneció muerto. Estaba echado boca arriba en el fondo del acuario, entre las piedras blancas con las que recubrí la base. De inmediato busqué el guante de jebe con el que hacía el teñido de cabello a las clientas y saqué al pez muerto. En los días siguientes nada importante ocurrió. Simplemente traté de encontrar la medida correcta de comida para que los peces no sufrieran de empacho ni murieran de hambre. El control de la comida ayudaba además a

mantener todo el tiempo el agua cristalina. Cuando la hembra preñada parió se desató una persecución implacable. La otra hembra quería comerse a las crías. Sin embargo, los recién nacidos tenían unos poderosos y rápidos reflejos que momentáneamente los salvaban de la muerte. De los ocho que nacieron, sólo tres quedaron vivos. Sin ninguna razón visible, la madre murió a los pocos días. Esa muerte fue muy curiosa. Desde que parió se quedó estática en el fondo del acuario sin que la hinchazón de su vientre disminuyera en ningún momento. Nuevamente tuve que ponerme el guante de jebe que usaba para los tintes. De ese modo saqué a la madre muerta para arrojarla por el wáter que hay detrás del galpón donde duermo. Mis compañeros de trabajo no estaban de acuerdo con mi afición por los peces. Decían que traían mala suerte. No les hice el menor caso y fui adquiriendo nuevos acuarios, así como los implementos que hacían falta para tener todo en regla. Conseguí pequeños motores para el oxígeno, que simulaban cofres de tesoro olvidados en el fondo del mar. También hallé motorcitos en forma de hombres rana de cuyos tanques salían en forma constante las burbujas. Cuando al fin conseguí cierta dominio con otros Guppys Reales que fui comprando, me aventuré con peces de crianza más difícil. Me llamaban mucho la atención las Carpas Doradas. En la misma tienda me enteré de que en ciertas culturas era un placer la simple contemplación de las Carpas. A mí comenzó a sucederme lo mismo. Podía pasarme varias horas admirando los reflejos que emitían las escamas y las colas. Alguien me contó después que aquel pasatiempo era una diversión extranjera.

Lo que sí no es ningún tipo de diversión, es la cantidad cada vez mayor de personas que han venido a morir al salón de belleza. Ya no son solamente amigos en cuyos cuerpos el mal está avanzado, sino que la mayoría son extraños que no tienen dónde irse a morir. Aparte del Moridero, la única alternativa sería perecer en la calle. Volviendo

a los peces, en cierto momento llegué a tener decenas adornando el salón. Había adecuado pequeños acuarios para las hembras preñadas, que luego separaba de sus crías para evitar que se las comieran después de nacer. Ahora, cuando yo también estoy atacado por el mal, sólo quedan los acuarios vacíos. Todos menos uno, que trato a toda costa de mantener con algo de vida en el interior. Algunas de las peceras las utilizo para guardar los efectos personales que traen los parientes de quienes están hospedados en el salón. Para evitar confusiones coloco una cinta adhesiva con el nombre del enfermo y allí guardo las ropas y también las golosinas que de vez en cuando les traen. Solamente permito que las familias aporten dinero, ropas y golosinas. Todo lo demás está prohibido.

Es curioso ver cómo los peces pueden influir en el ánimo de las personas. Cuando me aficioné a las Carpas Doradas, aparte del sosiego que me causaba su contemplación, siempre buscaba algo dorado para salir vestido de mujer en las noches. Ya sea una vincha, los guantes o las mallas que me ponía en esas oportunidades. Pensaba que llevar puesto algo de ese color podía traerme suerte. Tal vez salvarme de un encuentro con la Banda de los Matababros, que rondaba por las zonas centrales de la ciudad. Muchos terminaban muertos después de los ataques de esos malhechores, pero creo que si después de un enfrentamiento alguno salía con vida era peor. En los hospitales donde los internaban, siempre los trataban con desprecio y muchas veces no querían recibirlos por temor de que estuviesen infectados. Desde entonces y por las tristes historias que me contaban, me nació la compasión de recoger a alguno que otro compañero herido que no tenía dónde recurrir. Tal vez de esa manera se fue formando este triste Moridero que tengo la desgracia de regentar. Pero volviendo a los peces, pronto me aburrí de tener exclusivamente Guppies y Carpas Doradas. Creo que se trata de una deformación de mi personalidad: muy pronto me canso de las cosas que

me atraen. Lo peor es que después no sé qué hacer con ellas. Al principio fueron los Guppys, que en determinado momento me parecieron demasiado insignificantes para los majestuosos acuarios que tenía en mente formar. Sin ninguna clase de remordimiento dejé gradualmente de alimentarlos con la esperanza de que se fueran comiendo unos a otros. Los que quedaron los arrojé al wáter, de la misma forma como lo hice con aquella madre muerta. Así fue como tuve los acuarios libres para recibir peces de mayor jerarquía. Los Goldfish fueron los primeros en los que pensé. Pero dándole vueltas al asunto recordé que eran demasiado lerdos, casi estúpidos. Yo quería algo colorido, pero que también tuviera vida para así pasarme los momentos en los que no había clientas observando cómo se perseguían unos a otros, o se escondían entre las plantas acuáticas que había sembrado sobre las piedras multicolores.

Mi trabajo en el salón de belleza lo llevaba a cabo de lunes a sábado. Pero algunos sábados en la tarde, cuando estaba muy cansado, dejaba encargado el negocio y me iba a los Baños Turcos para relajarme. El local de mi preferencia era atendido por una familia de japoneses y era un lugar exclusivo para personas de sexo masculino. El dueño, un hombre maduro de baja estatura, tenía dos hijas que hacían las veces de recepcionistas. En el vestíbulo habían tratado de respetar el estilo oriental que se notaba en el letreiro de la puerta. Allí había un mostrador decorado con peces multicolores y dragones rojos tallados en alto relieve. En forma invariable se podía encontrar a las dos jóvenes armando grandes rompecabezas, la mayoría de más de dos mil piezas. Cuando llegaba alguien, dejaban el entretenimiento y se esmeraban en la atención. El primer paso era la entrega de pequeñas bolsas de plástico transparente, para que el mismo visitante introdujera en ellas sus objetos de valor. Las jóvenes daban luego un disco con un número que uno mismo debía colgarse de la muñeca.

Las japonesas guardaban la bolsa en un casillero determinado y después invitaban al visitante a pasar a una sala posterior. La decoración aquí cambiaba totalmente. El lugar tenía el aspecto de los baños del Estadio Nacional que conocí la vez que me llevó un futbolista amateur. Las paredes estaban cubiertas hasta la mitad con losetas blancas, en su mayoría desportilladas. En la parte sin losetas habían pintado delfines dando saltos. Esos dibujos estaban descoloridos y apenas se percibía el lomo de los animales. En esa sala siempre me esperaba el mismo empleado para pedirme las ropas que llevaba puestas. En cada una de mis visitas, tuve siempre la precaución de llevar sólo prendas masculinas. Luego de que me desvestía delante de sus ojos, con un gesto mecánico el empleado estiraba sus brazos para recibir mis ropas. Se fijaba después en el número que colgaba de mi muñeca y se llevaba luego la carga al casillero correspondiente. Antes de hacerlo me entregaba dos toallas raídas, pero limpias. Yo me cubría con una los genitales y me colgaba la otra de los hombros.

La última vez que visité los Baños, recordé una historia que me contó un amigo cierta noche en que estábamos esperando hombres en una avenida bastante transitada. A mi amigo le gustaba vestirse exóticamente. Siempre usaba plumas, guantes y abalorios de ese tipo. Decía que algunos años atrás, su padre le había regalado un viaje a Europa. Durante ese viaje, había aprendido a vestirse de esa manera. Pero parece ser que aquí no se apreciaba muy bien esa moda y mi amigo se quedaba muchas horas parado en las esquinas. Ni siquiera los patrulleros que rondaban la zona lo llevaban a dar la vuelta de rutina. En ese momento me acordé de él porque en una ocasión me contó que su padre acostumbraba ir a los Baños a pasar los fines de semana. Se trataba de otro tipo de Baños Turcos, de alta categoría y no como los del japonés. Me dijo que en una de las primeras visitas, los mismos amigos del padre abusaron de él en una de las duchas individuales. Mi amigo no tendría

entonces más de trece años y el miedo hizo que no dijera nada de lo sucedido. El caso es que estos Baños son distintos, porque a diferencia de los que frecuentaba el padre de mi amigo, aquí todos los usuarios saben a lo que van. Una vez que se está cubierto sólo por las toallas, el terreno es todo de uno. Lo único que se tiene que hacer es bajar las escaleras que conducen al sótano. Mientras se desciende, una sensación extraña comienza a recorrer el cuerpo. Después de bajar queda uno confundido con el vapor que emana de la cámara principal. Unos pasos más y casi de inmediato se es despojado de las toallas. De allí en adelante cualquier cosa puede ocurrir. En esos momentos siempre me sentía como si estuviera dentro de uno de mis acuarios. El agua espesa, alterada por las burbujas de los motores del oxígeno y las selvas que se creaban entre las plantas acuáticas, se parecía al sótano de estos Baños. También vivía el extraño sentimiento producido por la persecución de los peces grandes que buscaban comerse a los chicos. En esos momentos, la poca capacidad de defensa, lo rígidas que pueden ser las transparentes paredes de los acuarios eran una realidad que se abría en toda su plenitud. Pero ahora aquellos son tiempos idos que nunca volverán. Actualmente mi cuerpo destrozado, esquelético, lleno de llagas y de ampollas, me impide seguir frecuentando ese lugar. Otro factor importante para considerar aquello como cosa del pasado, es el ánimo que parece haberme abandonado por completo. Siento como algo imposible haber tenido en algún momento la fuerza necesaria para pasar tardes enteras en los Baños. Pues aun en los mejores tiempos de mi condición física, salía de una sesión totalmente extenuado.

Para lo que tampoco tengo fuerza es para salir a buscar hombres en las noches. Ni siquiera en verano, cuando no es tan malo tener que vestirse y desvestirse en los jardines de las casas cercanas a los puntos de contacto que se establecen en las grandes avenidas. Porque toda la transforma-

ción se tiene que hacer en ese lugar y a escondidas. Era una locura regresar de madrugada en un autobús de servicio nocturno vestido con las mismas ropas con las que se trabajaba de noche. Además, ahora tampoco tengo casi tiempo para ocuparme de mi persona. Tengo que regentar este Moridero. Debo darles una cama y un plato de sopa a las víctimas en cuyos cuerpos la enfermedad ya se ha desarrollado. Y lo tengo que hacer yo solo. Las ayudas son bastante esporádicas. De vez en cuando, alguna institución se acuerda de nuestra existencia y nos socorre con algo de dinero. Otros quieren colaborar con medicinas, pero les tengo que recalcar que el salón de belleza no es un hospital ni una clínica, sino sencillamente un Moridero. Del salón de belleza quedan los guantes de jebe, la mayoría con huecos en las puntas de los dedos. También las vasijas, las bateas, los ganchos y los carritos donde se transportaban los cosméticos. Las secadoras, así como los sillones reclinables para el lavado de pelo los vendí para convertirlos en una serie de implementos necesarios para esta nueva etapa en la que ha entrado el salón. Con la venta de los objetos destinados a la belleza compré colchones de paja, catres de fierro, grandes ollas y una cocina a kerosene. Un elemento muy importante, que deseché en forma radical, fueron los espejos, que en su momento multiplicaban con sus reflejos los acuarios y la transformación que iban adquiriendo las clientas a medida que se sometían al tratamiento de la estilística y del maquillaje. A pesar de que creo estar acostumbrado a este ambiente, me parece que para todos sería ahora insoportable multiplicar la agonía hasta ese extraño infinito que producen los espejos puestos uno frente al otro. A lo que también creo haberme acostumbrado es al olor que despiden los enfermos. Menos mal que en el asunto de las ropas he recibido alguna ayuda. Con la tela fallada que nos donó una fábrica hicimos algunas sábanas. En el patio que hay detrás del galpón donde duermo, separo las ropas en distintos montones. Son los mismos pa-

rientes quienes se encargan de lavar cada montón por separado. A los que no tienen a nadie en este mundo, yo mismo tengo que ocuparme de sus ropas.

Me preocupa mucho quién va a hacerse cargo del salón cuando la enfermedad se desencadene con fuerza en todo mi cuerpo. Hasta ahora tengo sólo atisbos, sobre todo los signos externos tales como la pérdida de peso, las llagas y ampollas de las que hablé. Nada interno se me ha desarrollado. Me refería hace unos momentos al asunto del hedor y de la costumbre. Lo hacía porque mi nariz no siente ya casi los olores. Me doy cuenta por las muecas de asco que hacen los que vienen de afuera apenas ponen un pie en este lugar. Por eso conservo con agua y con dos o tres raquíuticos peces uno de los acuarios. Aunque no tiene los cuidados de antes, me da la idea de que algo fresco aún se mantiene en el salón. Hay alguna razón desconocida que me impide darle la dedicación que se merece. Ayer por ejemplo, encontré una araña muerta flotando con las patas hacia arriba.

Antes de convertirse en un lugar usado exclusivamente para morir en compañía, el salón de belleza cerraba sus puertas a las ocho de la noche. Era buena hora para hacerlo, pues muchas de las clientas preferían no visitar tan tarde la zona donde está ubicado el establecimiento. En un letrero colocado en la entrada, se señalaba que era un local donde recibían tratamiento de belleza personas de ambos sexos. Sin embargo era muy reducido el número de hombres que traspasaba el umbral. Sólo a las mujeres parecía no importarles ser atendidas por unos estilistas vestidos casi siempre con ropas femeninas. El salón está situado en un punto tan alejado de las líneas de transporte público, que para viajar en un autobús hay que efectuar una fatigosa caminata. En el local trabajábamos por lo general tres personas. Dos veces a la semana nos cambiábamos las ropas, alistábamos unos pequeños maletines y tras cerrar las puertas al público partíamos con dirección a la ciudad. No po-

díamos viajar vestidos de mujeres, pues en más de una oportunidad habíamos pasado por peligrosas situaciones. Por eso guardábamos en los maletines los vestidos y el maquillaje que íbamos a necesitar apenas llegásemos a nuestro destino. Antes de esperar en alguna concurrida avenida, ya travestidos nuevamente, ocultábamos los maletines en unos agujeros que había en la base de la estatua de uno de los héroes de la patria. Había oportunidades en que nos cansaba tanto cambio de ropa y si bien con eso no se ganaba dinero buscábamos algo de diversión en las mezzanines de algunos cines donde proyectaban en forma continuada películas pornográficas. Los tres lo pasábamos bien cada vez que los espectadores iban al baño. El paseo por el centro duraba hasta las primeras horas de la madrugada. Entonces volvíamos por los maletines y regresábamos a dormir al salón. En la parte trasera habíamos construido un galpón de madera donde los tres estilistas dormíamos hasta el mediodía. Lo hacíamos los tres juntos en una gran cama.

Lo más importante era la decoración del salón de belleza. Por la zona se estaban abriendo nuevos salones, por lo que era muy importante para competir el aspecto que se le diera al negocio. Desde el primer momento pensé en tener peceras de grandes proporciones. Lo que buscaba era que las clientas tuvieran la sensación de encontrarse sumergidas en un agua cristalina mientras eran tratadas, para luego salir rejuvenecidas y bellas a la superficie. Lo primero que hice fue comprar una pecera de dos metros de largo. Aún la conservo. Pero no es en ella donde se mantienen los tres peces que todavía me quedan.

Puede parecer difícil que me crean, pero ya casi no individualizo a los huéspedes. He llegado a un estado en que todos son iguales para mí. Al principio los reconocía e incluso una que otra vez llegué a encariñarme con alguno. Pero ahora todos no son más que cuerpos en trance hacia la desaparición. Me viene a la memoria uno en concreto, a

quien ya conocía antes de que cayera enfermo. Poseía una belleza sosegada, como la de los cantantes extranjeros que salen en la televisión. Recuerdo que cuando organizábamos algún concurso de belleza, la reina siempre pedía tomarse fotos con él. Creo que eso le daba un matiz internacional a la ceremonia. Yo sabía que ese muchacho viajaba al exterior con regularidad. Se decía que tenía un amante con mucho dinero que le pagaba los pasajes y la estadía. Cuando cayó enfermo, el amante lo abandonó y el muchacho no quiso recurrir a su familia. Inventó un viaje y vino a alojarse al Moridero. Vendió el departamento que tenía y me entregó todo el dinero. Antes de que su enfermedad avanzara hasta dejarlo en un estado de delirio constante, me contó que los frecuentes viajes no eran solamente viajes de placer sino que tenía la misión de transportar cocaína oculta en su cuerpo. Me explicó con lujo de detalles los métodos que utilizaba para adherirse la droga. Se introducía las bolsitas en partes especiales de su cuerpo. Al escucharlo, me conmovía la forma cómo fue utilizado por ese amante que lo dejó solo en los momentos difíciles. Creo que incluso llegué a sentir algo especial hacia él. Dejé de lado la atención que requerían los demás huéspedes y durante el tiempo que duró su agonía no estuve sino atento a cumplir con sus necesidades. También le puse un acuario con peces en su mesa de noche. Lo que más me emocionó fue que él no era ajeno a mis preocupaciones. También me demostró su cariño. Incluso un par de veces estuve en una situación íntima con aquel cuerpo deshecho. No me importaron las costillas protuberantes, la piel seca, ni siquiera esos ojos desquiciados en los que aún había lugar para que se reflejara el placer.

Tampoco vayan a creer que yo era un suicida y me entregué totalmente a ese muchacho. Antes de hacerlo tomé mis precauciones y no creo que haya sido precisamente él quien me infectó. Pero como ya dije antes, mis gustos cambian con frecuencia y de un momento a otro dejó de intere-

sarme por completo. Retiré la pecera del lado de su cama y lo traté con la distancia que me impongo para todos los huéspedes. Casi al instante el mal atacó todo su cuerpo y no tardó mucho en morir. En su caso la decadencia final vino por el cerebro. Comenzó con un largo discurso delirante que sólo interrumpía las pocas horas que era vencido por el sueño. En algunas ocasiones el tono de su voz se alzaba más que el adecuado y opacaba con sus palabras exaltadas las quejas de los demás huéspedes. Me parece que después fue atacado por una tuberculosis fulminante, pues falleció luego de un acceso de tos. Para ese entonces, el cuerpo del muchacho sólo significaba un cuerpo más al que había la obligación de eliminar.

Curiosamente, con el muchacho perecieron tres peces juntos. Si bien es cierto que en aquel tiempo el acuario había dejado atrás su antiguo esplendor, aún mantenía un buen número de ejemplares. Casi todos eran esos peces llamados Monjitas, negros con el pecho blanco. No sé, en esa época había dejado atrás los colores y lo que mi ánimo exigía era el blanco y negro. Cada vez que me acuerdo del muchacho por el que sentí un especial interés, lo recuerdo echado en su cama y en su mesa de noche la pecera llena de Monjitas. Después de su muerte, con los peces ya lejos de su lado, encontré tres Monjitas rígidas al fondo. No quise pensar en nada mientras las retiraba de la pecera. Para las Monjitas es preciso contar con un calentador de agua. Tenía uno todo el tiempo enchufado. Yo todavía cumplía con las reglas necesarias que me imponían los acuarios, por eso lo considero más que una casualidad que murieran las tres precisamente la noche en que expiró el muchacho. Al día siguiente, desenchufé el calentador y luego de dos días comprobé que ninguna de las Monjitas había resistido el frío del agua. En esos días también murieron unos Escalares a los cuales les habían aparecido hongos en sus cuerpos. Salí a la tienda de peces para adquirir Guppys Reales como al principio. A todos ellos los metí en un mismo acuario y

son los que actualmente mantengo. Como ya he dicho, se trata de peces resistentes y a pesar de los mínimos cuidados se han mantenido de una forma más o menos regular: muriendo algunos y naciendo otros de vez en cuando. Pero el agua ya no está cristalina. Ha adquirido un tono verdoso que ha terminado por empañar las paredes del acuario. La pecera la he colocado en un lugar alejado de los huéspedes. No quiero que las miasmas caigan encima del agua. No quiero que los peces se vean atacados por hongos, virus o bacterias. A veces, cuando nadie me ve, introduzco la cabeza en la pecera e incluso llego a tocar el agua con la punta de la nariz. Aspiro profundamente y siento que de aquel cubículo emana aún algo de vida. A pesar del olor del agua estancada, puedo sentir allí algo de frescura. Y lo que me sorprende es lo fiel que se ha mostrado esta última carnada de peces. Pese al poco tiempo dedicado a su crianza, se aferran de una manera extraña a la vida. Me hacen recordar a esa curiosa muerte que se vivía en los Baños Turcos. Allí también existía una larga agonía, que sin embargo estaba más allá de la energía vital que mostraban los visitantes al abrir y cerrar todo el tiempo las puertas de las cámaras de vapor. Otra situación similar la encontraba con alguna de las clientas que visitaban en las buenas épocas el salón de belleza. La mayoría eran mujeres viejas o acabadas por la vida. Sin embargo, debajo de aquellos cutis gastados era visible una larga agonía que se vestía de esperanza en cada una de las visitas.

Pero el tema de la larga agonía no tenía nada que ver con los huéspedes. En ellos, la larga agonía era una suerte de maldición. Mientras menos tiempo estuvieran alojados en el Moridero era mejor para ellos. Los más afortunados sufrían realmente unos quince días. Había otros que se aferraban a la vida, igual que los Guppys de la última carnada. Querían vivir a pesar de que no existía forma de ver sus males atemperados, a pesar de que el frío del invierno se colaba por las rendijas de las ventanas. A pesar de que era

cada vez menor la ración de sopa que les servía. Como creo haber dicho en algún momento, los médicos y las medicinas están prohibidos en el salón de belleza. También las yerbas medicinales, los curanderos y el apoyo moral de los amigos o familiares. En ese aspecto, las reglas del Moridero son inflexibles. La ayuda sólo se canaliza en dinero en efectivo, golosinas y ropas de cama. No sé de dónde me viene la terquedad de llevar yo solo la conducción del salón.

Mis compañeros de antes, con los que trabajaba en los peinados y en la cosmetología, han muerto hace ya mucho tiempo. Ahora ocupo yo solo el galpón. La cama donde antes dormíamos juntos, se me hace ahora demasiado grande para mí solo. Extraño su compañía. Fueron los únicos amigos que he tenido. Los dos murieron infectados y en el momento de la agonía los traté con la misma rectitud que al resto. Todavía tengo colgado en el perchero las ropas con las que solíamos salir a las avenidas. En una caja guardo además las tarjetas que nos dieron algunos de los hombres de la noche. Nunca he llamado a ninguno. Ni siquiera para informarles por qué ya no nos encontrarán parados en las esquinas de costumbre. Aunque lo más seguro es que ni siquiera se acuerden de nuestra existencia. Seguro que otros jóvenes ocupan ahora nuestros lugares habituales.

No sé de dónde saqué fuerzas para ir la penúltima vez a la tienda de peces. Desde el principio recordé con qué despreocupación solía perderme entre los acuarios buscando los peces más coloridos, más vivaces, más majestuosos. Pero aquella vez, sentí remordimiento por encontrarme rodeado de todos aquellos peces llenos de vida. Me dirigí hacia la pecera de las Monjitas. Se trataba del único espacio carente de color en aquel lugar. Pregunté por los cuidados que necesitaban y me informaron que se trataba de peces delicados. El encargado se dedicó a cazar entonces diez Monjitas para mí. Contaba con un pequeño colador que hábilmente movía dentro del agua. Se demoró cerca